

III

— Ahora, te ruego que me expliques cómo y por qué has hecho que te despidan del Sagrado Corazón... No he querido imponerte la humillación de un interrogatorio delante de la Hermana, pero, ya que se ha marchado, deseo conocer los detalles de esa aventura, de la cual debo dar cuenta á tu madre adoptiva.

Hablando así, Francisco Pommeret, con severidad afectada, abrió y cerraba la carta de la Superiora. Esto ocurría la mañana siguiente de la llegada de Dionisia, á la hora del almuerzo; los in-

terlocutores estaban solos en el comedor. La joven, desenfadadamente, de codos sobre el mantel, comía cerezas con la mayor tranquilidad. Fijó sus grandes y brilladores ojos en Francisco, y contestó:

— Creí que en la carta te lo contaban todo detalladamente.

— La Superiora se limita á decir que se trata de un acto de insubordinación, de un escándalo que por su enormidad no permite que continúes allí... Quiero suponer que exagera...

— No, no lo creas... Lo que he hecho, á juicio de las Hermanas, merece la horca; y lo peor es que he obrado con premeditación. Tú juzgarás: soy una colegiala malísima, pero tengo desparpajo y mucha memoria; por lo mismo, me traían frita siempre que había que pronunciar discursos, dirigir saluciones ó recitar versos en público. El domingo último, con motivo de la Confirmación, se trataba de festejar en grande al señor Obispo: refresco, música, recitado de trozos escogidos... Me encargaron declamar el número saliente de la fiesta; la fábula: *El molinero, su hijo y el asno*. Pero en esta fábula hay un verso en el cual se compara con un obispo al gran imbécil que va sentado sobre su pollino. « Ya comprenderás, niña — me dijo la Superiora, bajando los ojos — que el señor

de La Fontaine era algo libre en sus expresiones, y, que delante de su Ilustrísima, semejante alusión resultaría una inconveniencia deplorabilísima; así, pues, en vez de decir *obispo*, dirás *señor*... ¡No lo olvides! » Bueno; la víspera de la ceremonia ensayamos en el estrado, y yo declamé mi fábula sin olvidar la corrección convenida: « como un *señor*, sentado »; me felicitaron y dijeron á coro: « ¡Admirable! ¡Su Ilustrísima quedará encantado! » Y llegamos al día solemne. Concurrencia numerosa y venerable: tres obispos, una docena de jesuitas y un regimiento de sacerdotes. Entre dos números de música, me dieron un empujoncito en la espalda, avancé hasta el borde del estrado, hice una reverencia y principié á recitar. Todo iba perfectamente, había que oír los bravos reprimidos por aquellos señores afeitados... Llegué al verso pecaminoso; tomé alientos, me encaré con los tres obispos, y, subrayando cada pablara con el gesto, con la mirada y con la voz, declamé estentóreamente:

« En tanto que el gran imbécil
como un *obispo*, sentado,
pensando ser muy discreto
era más burro que el asno... »

UNIVERSIDAD DE MADRID
BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE LETRAS
CALLE DE ALFONSO X
MADRID

Silencio glacial; los prelados no pestañearon; únicamente el de Dijón se inclinó hacia la Superiora y le dijo algo al oído; la pobre mujer alzó desesperadamente los ojos al cielo. Yo continué y terminé el recitado en medio de estupor general... Aquella misma noche, tras pública reprimenda, me dieron orden de preparar el equipaje, y, á la mañana siguiente, me plantaron de patitas en la calle, como un borrego sarnoso... Con mi despedida quedó satisfecha la dignidad del Colegio... Y yo, también, porque había realizado el propósito de que me mandasen á casa.

— ¿Para qué querías venir? — preguntó Francisco, que no pudo contener la risa durante el relato.

La joven lo miró de soslayo, y refunfuñó:

— ¡A ti qué te importa! Figúrate que puedo tener saudades.

— Adriana se disgustará muchísimo — exclamó Pommeret, recalcando con dureza cada palabra. — Voy á escribirle diciéndole que aquí no puedes estar... No quiero cargar con la responsabilidad de guardarte.

Dionisia se había puesto de pie y repiqueteaba con los dedos sobre los cristales. Desde su asiento, Francisco veía destacarse sobre el fondo claro del

balcón, la abundante cabellera, el flexible talle y las formas esculturales de Montaraz.

— ¿Sabes que no eres amable? — murmuró la joven, sin volverse.

Su voz tenía algo trémulo que contrastaba con la dureza y energía de las palabras anteriores.

Pommeret se ablandó. Creyó haberse mostrado rudo en demasía, abandonó la silla y dió algunos pasos hacia la muchacha.

— Mi querida Dionisia — murmuró — mi deber no es mostrarme amable, es hablarte como te hablaría tu madre adoptiva si estuviese aquí...

— Comprendido — interrumpió ella, volviéndose á medias. — Quieres ser un padre para mí... ¡Bueno! Pues no estás bien en ese papel...

— Que esté bien ó mal, lo desempeñaré hasta que mi mujer se haga cargo de ti... Mientras, espero que te mostrarás juiciosa, y que saldrás lo menos posible.

— ¡Me condenas á encerrona, á pan y agua!

Después de pronunciar estas palabras con énfasis burlón, sonrió silenciosamente, con sonrisa que acentuó los hoyuelos de las mejillas y dejó ver los blancos y menudos dientes.

— ¡No hay motivo para reír! — observó Francisco contrariado y algo molesto.

— Me río de una idea que se me ha ocurrido al escuchar tu sermón.

Tenía fijos los ojos en la mano izquierda de su interlocutor, y, de repente, cambiando con brusquedad la conversación, gritó:

— ¡ Calla ! ¡ Ahí fué donde te mordí !

Y al mismo tiempo, colocó un dedo en el sitio indicado ; así, permanecieron un momento inmóviles ; después, Francisco, estrechó aquella mano posada en la suya, y murmuró con cierto enterneamiento :

— Todo cuanto te he dicho, querida niña, es por tu bien ; puedes creerlo.

Montaraz rompió nuevamente á reir :

— Me estás hablando exactamente lo mismo que el Reverendo Padre que nos confesaba en el Sagrado Corazón : « ¡ Todo cuanto te digo, hija mía, es para bien de tu alma ! »

Y bajaba cómicamente los ojos, balanceaba la cabeza y adoptaba aire de beata compungida.

— Vamos — añadió, retirando lentamente la mano — me marchó á mi cuarto... ¿ Estoy arres-tada?...

— Puedes hacer lo que quieras — contestó contrariado. — No tengo el propósito de desempeñar el papel de cancerbero.

— ¡ Tienes muchísima razón !... Bastantes cuidados hay con los propios, para cargar con los ajenos... ¡ Hasta luego !

Dijo, y salió sonriente, con la cabeza erguida, dejando receloso, y muy descontento de sí mismo, á Pommeret. En el acto escribió á Adriana, contándole el suceso y aconsejándole que se llevase á Dionisia á Plombières, hasta tanto que se le buscase otro colegio. Pero, ya fuese por temor de intranquilizar á su esposa, ya porque no acertase á expresarse, es lo cierto que la carta resultó muchísimo menos enérgica de lo que hubiera resultado si llega á redactarla antes del almuerzo ; la severidad era menos dura, las inculpaciones iban atenuadas por distingos y por frases dubitativas, y las conclusiones se inclinaban á la indulgencia.

Mientras llegaba la respuesta, Dionisia se había instalado nuevamente en el castillo. Sin hacer caso de los consejos de Francisco, volvió á sus costumbres de antaño y abandonando la falda larga del traje de uniforme del Colegio, adoptó los caprichosos y extravagantes que eran tan de su gusto : faldas cortas, botas altas, y sombreros de paja, casi siempre echados sobre la nuca. Con semejante atavío, que le daba aspecto casi varonil, se pasaba el día correteando por el

campo y sólo acudía á la casa á las horas de comer. Ese género de vida proporcionaba á Francisco la ventaja de dejarle todas las horas de la tarde en una tranquilidad relativa de la cual se hallaba muy menesteroso su desasosegado espíritu. La proximidad de aquella jovencita, cuya belleza se había desarrollado por manera tan inesperada, le causaba extraña opresión. Cuando la muchacha se ausentaba de la casa, Pommeret respiraba con más desahogo; pero, por contradicción caprichosa el tiempo se le antojaba más largo, la tarde le parecía interminable y, como no tenía constancia para ningún trabajo ni afición á la lectura, no sabía en qué invertir las horas. Cansado y aburrido paseaba por el jardín, se tumbaba á la sombra y mataba el tiempo fumando cigarros. Pero, á través de las espirales de humo, veía siempre á Dionisia, y, por cualquier camino, acababa siempre pensando en Dionisia. Reflexionaba acerca de aquel carácter enigmático, ya audaz ya hosco, á veces rudo hasta rayar en insolente, á veces casi acariciador. En el fondo de aquellas rarezas, creía percibir un sentimiento muy tierno; algo le decía que ese sentimiento lo había despertado él en el corazón de aquella extraña criatura; esta idea le producía

miedo al par que complacencia. Y mientras que se abismaba en esas meditaciones peligrosas, las sombras iban cayendo sobre el valle de Rouelles, el sol se ocultaba tras los montes de Montavoir, y, de repente, se oía resonar en las galerías la vibrante voz de Montaraz que tornaba del bosque y subía, cantando, á su habitación. Entonces el corazón le palpitaba fuertemente á Francisco, y aguardaba con tanta zozobra como impaciencia el momento de la comida, que traía consigo la tertulia íntima todas las noches en el amplísimo comedor, en el cual los dos jóvenes se hallaban como perdidos en la semi-obscureidad.

Las comidas resultaban un espectáculo curioso. Al principio, Francisco hacía alarde de displicencia y de gruñonería, pero acababa siempre por mostrarse amable y casi galante. Interrogaba á Dionisia, con indiferencia y desdén, acerca de lo que había hecho durante el día, y, generalmente, se encontraba con respuestas impertinentes: — « ¿ A ti qué te importa? ¿ Te pregunto yo lo que haces?... ¡ Tengo la atención de librarle de mi presencia, y todavía te quejas! ¡ Me parece que no te molesto! » — Después, la conversación quedaba interrumpida y sólo se oía el ruido de los platos y de los cubiertos, Rarísima vez habla-

ban de Adriana; dijérase que á ambos les repugnaba secretamente mezclar aquel nombre en sus discusiones. Durante los intervalos de silencio, se examinaban á hurtadillas, y al fin, cuando cruzaban las miradas ó cuando se tropezaban con la mano al coger el salero ó una botella, reemprendían las hostilidades.

Una noche que Dionisia llegó más tarde que de ordinario, Francisco, que se había sentado á comer sin aguardarla, le dijo con acento muy regañón:

— Ya podías, siquiera, estar en casa á la hora de la comida... Desearía saber qué haces en el bosque tantas horas.

— Me distraigo — contestó la joven, ásperamente. — Allí, por lo menos, no estoy á cargo de nadie.

— Pero ¿qué encuentras para distraerte?

— Todo: las plantas, los animales y las personas.

— ¡Sobre todo las personas! — insinuó Pommeret, con sarcasmo.

— ¿Por qué no?... No soy orgullosa y declaro que no me desagrada la compañía de los campesinos.

— De cualquier modo, esa compañía resulta

poco conveniente y bastante peligrosa para una muchacha joven y... bonita.

Dionisia se encogió de hombros:

— ¿Te parezco bonita?... ¡Eres buenísimo!

Se levantó, se plantó ante el espejo y, con los brazos en alto y la cabeza hacia atrás, comenzó á arreglarse el peinado, colocándose bien las horquillas. Francisco abandonó la mesa y, sin darse cuenta exacta de lo que iba á hacer, se aproximó á Montaraz. Ésta, adivinándolo, más que viéndolo, se volvió de golpe, le dirigió una mirada de audaz interrogación y exclamó con acento irónico:

— ¡Eh! ¿Qué tal? ¿Tienes algún defecto que ponerle á mi peinado?

Desconcertado, Pommeret retrocedió, encendió un cigarro y, sin pronunciar palabra, volvió á sentarse. Penoso silencio reinó de nuevo en la oscura estancia, en la cual casi únicamente se distinguía el contorno vago de la joven sentada junto al balcón, y los dos puntos luminosos de sus grandes ojos muy abiertos. Luego, cuando transcurrieron algunas horas, cada cual se retiró á su habitación, dándose bruscamente las buenas noches.

Francisco aguardaba con ansiedad nerviosa la

contestación de Adriana; se admiraba de no haberla ya recibido, y temía que llegase. Al fin, una mañana, se encontró en el camino al peatón, que le entregó una carta con el timbre de la Administración de Correos de Plombières. Primeramente desgarró con lentitud el sobre; después, recorrió las cuatro páginas escritas, y respiró. Adriana rechabaza la idea de llevarse á Dionisia al balneario. El hotel estaba lleno, y la habitación que ella ocupaba era tan reducida que no había sitio para la joven. Además, ocupada todo el día en seguir el tratamiento hidroterápico, no podría vigilar á la indómita muchacha, que de seguro había de hallarse mucho más expuesta en medio de los agüistas de Plombières que en los bosques de Rouelles. Por todo esto, pedía á Francisco que tuviese abnegación y le rogaba que aguardase con paciencia hasta el momento en que los médicos la diesen de alta declarándola en condiciones de emprender el viaje.

El joven se guardó la carta y volvió al castillo. Al entrar en el patio, lo halló ocupado por dos carretas llenas de utensilios de cestería. Las canastas, las canastillas, los cestones, las nasas, los zarzos y las salvillas, lucían al sol sus armazones blancas y negras; todas estas ligeras

obras de mimbre tejido, llenaban los carros, ocupaban las toldillas, se arracimaban en los adrales y se desbordaban hasta llegar á la grupa de los pelados caballejos que, con la cabeza baja, mordisqueaban melancólicamente las hierbas que crecían entre las piedras. Bajo una de las carretas, en las angarillas llenas de mimbres, dormitaba un mastín. Las ventanas del comedor estaban abiertas y Francisco, estupefacto, vió á los cesteros sentados ante la mesa, almorzando, servidos por Montaraz.

Eran seis personas: la mujer, el marido, dos hijas mozas y dos muchachotes de diez y seis á diez y ocho años. Asombradísimos al mirarse tan bien tratados, comían silenciosamente. Cada cual había sacado su cuchillo cachicuerno, y, después de colocar un pedazo de carne fiambre entre dos rebanadas de pan, iba partiendo trocitos que masticaba con lentitud, deteniéndose únicamente para empinar el codo á la salud de la *señorita*, castañeteando la lengua después de apurar el vaso. Los dos muchachotes, muy tímidos, no parecían estar á gusto; las mozas, abriendo mucho los ojos, admiraban, sucesivamente, los aparadores llenos de porcelanas japonesas y el traje de Dionisia. Las jóvenes, en las cabelleras